

XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Is 25, 6-10a; Sal 23, 1-3a.3b-6; Fil 4,12-14.19-20; Mt 22,1-14

- Para nosotros uno de los acontecimientos más importantes son las bodas: es un cambio transcendental de vida que se celebra, se invita a una comida y a LOS MEJORES AMIGOS, los invitados son personas cercanas, que se quieren, que han compartido la vida. Se quiere compartir la alegría de una nueva familia que se forma y de un futuro que se forja.
- Hoy la liturgia de la Palabra de Dios nos asemeja el Reino de los cielos a un banquete de bodas. En el tiempo antiguo cuando un rey celebraba el banquete, los invitados que rechazaban la invitación era signo no solo de descortesía, sino rebelión y de desatención hacia aquél de quién dependía el bienestar de los súbditos o ciudadanos. SER ENEMIGO DEL REY Y DEL ESTADO, era la consecuencia de no aceptar la invitación al banquete de bodas de su hijo.
- Traslademos entonces dicha situación a nuestra realidad espiritual, en la que muchas veces nos encontramos cuando ponemos disculpas para no atender la invitación que Dios nos hace de participar del mejor banquete y comida espiritual que se nos ofrece. La comida es su mismo Hijo hecho Eucaristía por nosotros y para ponernos en perspectiva de pregonar del banquete del Reino de los cielos; excusas como no tener tiempo, tener mucho trabajo, situaciones imprevistas de poca importancia o sencillamente necesidad de descanso. Y si así se sentían los reyes del mundo o emperadores del tiempo de Jesús siendo sencillamente seres humanos, pensemos cómo se sentirá Dios nuestro Padre, de quién depende toda nuestra existencia, lo que tenemos, el tiempo que vivimos y cada una de nuestras acciones.
- A Dios con frecuencia le ponemos excusas sin pensar que haciéndolo es la mejor manera de demostrar la mala administración en nuestra vida, puesto que le damos la importancia primera a lo que no se lo merece y descuidamos la misma vida, poniendo en peligro nuestro bienestar espiritual y nuestro equilibrio emocional, del que indudablemente depende nuestra relación con Dios. Debemos recordar que nuestros miedos y angustias, preocupaciones y vacíos interiores creados por la confianza en lo exterior y el desplazamiento de lo trascendente de nuestra vida, sólo tienen solución en una continua y

perseverante comunicación con Dios que nos va haciendo fuertes ante las dificultades de la vida para poder decir como San Pablo: *“Todo lo puedo en Aquél que me fortalece”*.

- Aún más, nos llegamos a la casa de Dios sintiéndonos dueños o como si fuésemos quienes merecemos “recompensa” por nuestras buenas acciones, hasta llegar al punto de exigirle a Dios un comportamiento con nosotros. Le ofrecemos a Dios las migajas de nuestro tiempo, de nuestras virtudes y cualidades y de nuestros bienes como si Él fuese un mendigo que necesitase de nosotros. Entonces nuestro traje, es el de la soberbia, del orgullo y de la prepotencia, haciéndonos acreedores de la AUTO-EXCLUSIÓN del banquete al que Dios nos ha invitado disfrutar. Toda nuestra vida es un banquete y en la mesa de cada día Dios nos regala abundantes dones para disfrutar; por ende, lo menos que podemos hacer es sentirnos agraciados y aunque seguramente no merecedores de su grande misericordia para con nosotros, profundamente amados por un Dios Padre que nos invita a disfrutar del banquete de la vida terrena y de sus dones, como preparación para el banquete del Reino de los cielos, bajo la promesa de Dios por medio del profeta Isaías: “El Señor preparará un festín y enjugará las lágrimas de todos los rostros”.
- Veamos la invitación, sintámonos privilegiados porque no todos entienden este banquete y no nos hagamos con nuestras actitudes anticristianas, enemigos del Reino, por la falsedad como de los sacerdotes y ancianos de la época de Jesús. Para poder salir alegres al banquete escatológico a la hora de nuestra muerte y sin temores hacia ella, Dios necesita de nosotros un cambio interior por la conversión del corazón. Si así lo hacemos, nuestra vida será una continua repetición en Palabra y obras de las Palabras de Isaías: **“AQUÍ ESTÁ NUESTRO DIOS, DE QUIEN ESPERÁBAMOS QUE NOS SALVARA: CELEBREMOS Y GOCEMOS CON SU SALVACIÓN”**.